

Emiliano SÁNCHEZ PÉREZ, OSA, *La familia agustiniana en el Río de la Plata: Argentina y Uruguay*, Montevideo, Vicariato de la Argentina y Uruguay, 2002. XXVIII - 687 pp. 240 x 170 mm.

Este volumen, en el que el padre Emiliano ha puesto tanto entusiasmo, es la primera historia de la presencia agustiniana en las Repúblicas de Argentina y Uruguay durante el siglo XX, con alguna alusión a su labor en siglos anteriores. Describe, ante todo, la obra de los agustinos, que él llama "regulares", pero recuerda también la de los agustinos recoletos, los canónigos regulares de Letrán, los asuncionistas y las agustinas misioneras. En su afán de exhaustividad llega hasta dedicar dos páginas al padre Leonardo di Filippo, un agustino descalzo italiano que visitó Uruguay en 1959 por motivos familiares. Sin embargo, no dice una palabra de las misioneras agustinas recoletas, que llegaron a Argentina en 1962 y allí continúan hoy con sendas casas en Buenos Aires y Córdoba.

El libro consta de 21 capítulos más un elenco detallado de fuentes y bibliografía (pp. XIII-XXVIII), un apéndice documental (635-649) y el índice de nombres (651-687). El apéndice publica ocho documentos sobre el origen de la expansión agustina en Argentina tras "la cruel persecución que hemos sufrido" en Filipinas (p. 637) y la fundación o aceptación de algunos ministerios. Una ojeada a las fuentes es suficiente para advertir dos bloques "ideales" en el libro y el diverso tratamiento que en él se les da. El principal consta de los catorce capítulos (III-XIV y XX-XXI) que dedica a los agustinos "regulares" y es de carácter analítico, a veces excesivamente detallado, y está construido sobre fuentes primarias, a menudo inéditas, y una bibliografía exhaustiva. Es fruto de largas y pacientes pesquisas por archivos, bibliotecas y hemerotecas. El segundo bloque, formado por los siete capítulos restantes, es de carácter sintético y depende básicamente de la bibliografía existente. Los dos primeros (pp. 5-14) reseñan brevemente las raíces y orígenes históricos de los agustinos y de su obra en América a partir del año 1533. Los otros cinco (pp. 409-533) están dedicados a los agustinos recoletos (409-465), agustinos asuncionistas (467-499), agustinos descalzos (501-502), canónigos regulares de san Agustín (503-511) y agustinas misioneras (513-533). El mismo autor advierte al lector de estas diferencias con frases llenas de sinceridad: "en la [parte] referente a la viceprovincia en la Argentina y el común de Uruguay ha sido un trabajo de investigación primaria. Para los agustinos recoletos, en la Argentina, prácticamente hemos hecho una síntesis basada en fuentes publicadas, lo mismo que de los canónigos regulares de san Agustín. Los subsidios documentales que dieron origen al capítulo de los agustinos asuncionistas son, fundamentalmente, de intentos históricos mecanografiados. Para la agustinas misioneras nos hemos auxiliado de ambos métodos de trabajo" (p. 3). En el capítulo XI hay un apartado (pp. 321-328) sobre los proyectos fundacionales de los recoletos en Uruguay entre 1928 y 1940, episodio casi desconocido en la orden. Su relación es bastante detallada y está basada en la documentación existente en el archivo arzobispal de Montevideo. La provincia recoleta que no acierta a identificar en la página 327 es la de San Nicolás de Tolentino o de Filipinas. En la página siguiente llama Samuel al arzobispo de Bogotá. Su nombre verdadero es Ismael.

El bloque que he calificado de fundamental aporta infinidad de noticias sobre el ingreso de los agustinos en Argentina (1901) y Uruguay (1932), así como sobre el origen y desarrollo de todos y cada uno de sus ministerios. Casi todos ocupan un capítulo más o menos extenso, en el que se describe con documentos de primera mano toda su vida, desde sus primeros pasos hasta la actualidad. Atención especial

le merecen los rasgos espirituales, materiales y jurídicos de la fundación, el desarrollo de sus estructuras materiales (templo, casa parroquial, colegio) y de las asociaciones apostólicas, entre las que descuellan la cofradía de la Consolación, los talleres de santa Rita y otras devociones propias de la orden, como las de san Agustín, a quien están dedicados casi todos los ministerios, santa Mónica y san Nicolás de Tolentino. Sus orígenes fueron casi siempre humildes y difíciles, pero con la constancia de los religiosos, la colaboración de los fieles, que a menudo queda explícitamente reconocida, y la ayuda de organismos internacionales, casi todos lograron consolidarse y algunos han alcanzado vida próspera. La mayoría han sabido combinar la actividad con la educativa, que, como el padre Emiliano señala repetidamente, es una nota distintiva de la provincia. Desde 1969 los argentinos prosiguen la historia misional de la orden en la prelatura de Cayafate, emplazada al noroeste de la nación, con una extensión de 46.847 kms² y una población de apenas 50.000 habitantes (389-404). El padre Emiliano pone de relieve el trabajo social de los misioneros, canalizado desde 1990 a través de una ONG denominada OSAC, así como la creación de la finca vinícola Nuestra Señora de la Vid. En la actualidad trabajan en la prelatura dos sacerdotes agustinos y cinco sacerdotes autóctonos, fruto de sus desvelos vocacionales. Cuatro seminaristas mayores ultiman estudios en el seminario de Tucumán y otros 35 menores los inician en el de Salta. Desde 1972 cuentan con la colaboración de las agustinas misioneras. El último capítulo (547-634) del libro contiene la biografía de setenta agustinos que han trabajado en Argentina en último siglo. Junto al padre Joaquín Fernández, alma de los primeros años, recuerdo a Bruno Ibeas, Luis Arias y Luis Camblor, todos ellos conocidos por sus escritos.

La narración deja algo que desear. Sobran algunas repeticiones y se echa en falta un poco más de orden. Da la impresión de que el autor se ha dejado llevar por las prisas a la hora de ordenar y poner por escrito el material. También habría sido conveniente un mayor esfuerzo por ambientar la presencia agustina en la vida de la iglesia argentina y en la evolución postconciliar. La proximidad de los hechos narrados le ha movido a evitar apreciaciones y de vez en cuando también a substituir la historia con la crónica. Ninguna de estas posibles deficiencias puede desvirtuar los grandes méritos de este libro, que pone en manos de los estudiosos y de los amantes de la familia agustiniana una página gloriosa de su plurisecular historia.

Ángel MARTÍNEZ CUESTA

Ángel MARTÍNEZ CUESTA, OAR, *Marcilla. Convento de Agustinos Recoletos. 1865-2002*, Zaragoza (Agustinos Recoletos. Provincia de San Nicolás de Tolentino) 2003. 117 pp. 210 x 145 mm.

La extensión y la misma vistosa edición de este librito, dicen ya bien a las claras que estamos ante una obra menor de Ángel Martínez Cuesta. «Menor», entendemos, desde un punto de vista técnico. De entre la bibliografía de casi 150 entradas que compone su bagaje de investigador, fácilmente podemos espigar una docena de títulos que lo avalan como historiador original y riguroso. En ningún caso sería una de ellas ésta que presentamos. Pero sí puede ser un buen ejemplo de lo que podríamos llamar «historia aplicada», que tiene también gran importancia. Martínez Cuesta no sólo se ha quemado las cejas en archivos de todo el mundo; o ha compuesto monografías minuciosas, o elaborado síntesis sólidas al tiempo que